

Unión

Ignacio Fernández de Palleja
(Uruguay)¹

Las escapadas le daban sentido a su existencia burocrática. El mundo del trabajo ocupaba la mayor parte de su tiempo, mientras que el mundo de la vida solo se dejaba entrever en ocasionales resquicios de la agenda. La vida viene antes que el trabajo, aunque la vida se encargue de que la vida sea secundaria en la vida. Las obligaciones de la sociedad se imponen férreamente. Los dioses piden su sacrificio implacables. Los ritos deben ser cumplidos. La imagen es todo. El individuo es una gota más en las represas de las Moiras ineludibles. Pero las gotas se escapan si pueden. Toda la mañana y la tarde había paladeado la noche. Una noche como tantas otras. Oscura y, por esa razón, permisiva, propiciadora de momentos de luminoso gozo. Distrito de Dionisos allí donde tanta publicidad se le hace a Apolo. La hora de la gestación, escenario idóneo para grandes gestas. El lecho que cobija al río de la verdad, esa verdad que se suspende de día, cuando se informa mucho para desinformar. El lecho para los lechos. Los súbitos ríos tan buscados durante el yermo del día. Tecleaba y saboreaba. Casi no ponía atención a su trabajo. Es que hacía tiempo que el yugo cotidiano le impedía darse sus gustos.

La planificación llevaba varios días de escrupuloso fervor oculto. Su mujer se iba al interior. Al balneario, a cumplir con compromisos protocolares, luego de los cuales iba a quedarse en la casa de una de sus hermanas. No lo iba a ver llegar. Con su hijo no iba a haber problemas. Hacía tiempo que venía insistiendo para que lo dejaran salir a bailar. Tenía quince años y una autorización acompañada de dinero era una solución infalible. Ya lo había solucionado. Justo el día anterior había recibido los ruegos del adolescente para recibir el permiso nocturno, ante los cuales impostó un ceño reflexivo y, tras una

1. Nació en Treinta y Tres, en 1978, y vive en Maldonado desde 1999. Ha participado en diversas actividades culturales. Publicó los libros *Poemas altibajos* (2011), *Poemas desde un peugeot rojo y una carretera quieta* (2011), *En negro y negro* (2012), *Poemas lingües* (2014), *Relajo* (2014), *Poemas que le dieron la vuelta al sol* (2016), *Poemas visitantes* (2016), *Educación* (2019), *Poemas migrantes* (2019), *Poemas analfabetos* (2020) y *Estados civiles* (2022). Textos suyos han sido recogidos en diversas revistas y antologías. Su obra también ha obtenido diversos premios en concursos literarios en Uruguay. Desde 2020, colabora como columnista en el programa *La máquina de pensar*, en Radio Cultura, conducido por Pablo Silva Olazábal.

histriónica dubitación, comenzó con una cantinela de consejos luego de la que esgrimió unos billetes que cayeron en una mano ávida. Había estudiado para prever y organizar, y su capacidad para ello le había granjeado el alto puesto desde el que movía los hilos de muchos que dependían de sus decisiones. Nada escapaba a su escrutinio adamantino. A él llegaba la información y de él emanaban las decisiones. Solo se rendía ante el oráculo de las estadísticas. Era dócil al dictado divino, cristalino tras la fachada abstrusa de complicadas fórmulas. Se tiene poder cuando se puede, y podía. Pero era inescrutable. A la luz, era oscuro. Firmó papeles y generó memorandos. Se hizo ver. Se vio en el informativo del mediodía, con el fin de verificar si el canal había seguido sus instrucciones precisas acerca de la presentación de la nota que le habían hecho. Había estado sobrio y a la vez elocuente. Calculaba no haber perdido mucha popularidad, y eso era una ganancia. Siempre, como telón de fondo, campeaba la idea cuidadosamente urdida de su salida nocturna.

Llegó a su residencia cuando caía la tarde. Encontró todo en el orden artificial que cotidianamente imponía el servicio de limpieza anónimo y eficaz. La única disonancia era la presencia de su hijo, embarrado, comiendo algo en la cocina. Un temblor casi iracundo lo recorrió. Los cálculos se habían salido levemente de su cauce porque el muchacho no debía estar a esa hora. La suciedad evidenciaba el partido de fútbol que se había jugado hacía un rato. La pierna izquierda apoyada sobre una silla denunciaba un esguince de tobillo. Tembló.

—¿Qué te pasó?

—Me torcí.

—¿Estás bien?

—Me duele un poco, pero salgo igual, vamos en el auto de Martín.

—Vendate.

—Sí. Ya me explicaron cómo.

El diálogo fue el típico. Parco y al grano, sin sentimientos, pragmático. Como prescribía Maquiavelo: los medios subordinados a los fines. Siguió hacia adentro y empezó a sacarse la ropa de trabajo. Oyó que su hijo entraba a bañarse. Pasó por el templo de las botellas y se decidió por un tintineante rezo escocés. Todo fue una ceremonia, con la precisión morosa de un ritual largamente practicado. Vio pasar al muchacho por uno de los pasillos, vistiéndose. Cuando ya se había sentado en su trono y encendido los bufones catódicos, sintió el timbre, que recibió la respuesta de su hijo. Sonó desde la puerta un “hasta mañana” a bocajarro, respondido ipso facto por un “que te diviertas” más protocolar que sincero. La reverberación de futuros apetitosos era paladeada en el líquido ambarino.

Los pueblos chicos aventajan en una serie de aspectos a las grandes urbes. Verbigracia: allí todos son famosos, todos parte de una gran familia, “hijos de”, y, por ello, pasibles de solidaridad. Mas la ceca es la maledicencia más veloz que la luz e implacable como el destino. Pensaba mientras manejaba el auto con vidrios negros por una de las arterias de más flujo nocturno. Mientras tanto, las grandes ciudades son entes más jurídicos que sancionadores porque vale más la ley del papel, más fácilmente falsificable (o derogable) que la de los hombres, de los hijos de los dioses. Uno puede enterrar pasados y edificar futuros, pasar de mendigo a rey. Ser todo. Visible y oculto. Hacer lo que dé la real gana. Competir, eso sí, pero llegar muy arriba y poder.

El boliche bullía. La música denunciaba sin pudor su origen computarizado. Los ojos alucinados navegaban en lascivia. Las mesas estaban atestadas de espectadores de la danza de los cada vez menos velos. Por todos los rincones se manifestaba en favor de los primeros momentos paradisíacos, cuando el Jardinero no había realizado la poda costal. Los decibeles subían y bajaban como las prendas y los ojos. Ojos con contornos más parecidos a los de una máscara egipcia que a los del resto de los mortales. Efluvios penetrantes. Modos de cortesana. Afectación de reina. Risas desde el fondo de copas finas llenas de humores coloridos. A sus anchas. Viviendo la felicidad de los sentidos. Para los latinos, la palabra *persona* significaba máscara. El implemento para otros teatral era su verdad. No su cubierta sino su fondo. La fachada es para la sociedad. La imagen y los convencionalismos son un mecanismo de venta. Ocupaba un lugar en una mesa especial (en realidad todas las mesas eran especiales, en atención a las selectas y refinadas individualidades) y se regodeaba en vistazos glotones, acompañados de manotacitos jugueteros con el personal, que se contoneaba ataviado con uniformes policiales ajustados y agujereados estratégicamente, complaciente y lleno de mohínes. Su copa era repuesta con periodicidad. Si bien coqueteaba con los meseros y los ocupantes de mesas vecinas, no era eso lo que quería. La bacanal recién empezaba. El ambiente no era más que una entrada en calor. Como todos los de las mesas especiales, esperaba el postre.

Solo las fachadas y las antesalas son visibles. Lo auténtico suele estar escondido. Hasta prohibido. Había que seguir el pasadizo oscuro. La música se transformaba allí en un latido que emanaba de las paredes y se colaba en los propios latidos. De las imágenes y luces coloridas se pasaba a la oscuridad. De la vista al tacto. Entró. Lo anhelaba. Se ruborizaba desde hacía días en la oficina, pensando, casi sintiendo, en los placeres que iba a recibir. Ingresó con voluptuosidad al lugar oscuro y en el acto empezó a experimentar sensaciones táctiles. Lo más animal era puesto en juego en el olfato. Buscaba carne fresca. Su objetivo eran las suavidades. El tanteo encontraba decadencias, como la suya, y también encontraba encuentros, a los que bendecía con exploraciones displicentes. Había algo de sabroso en la dificultad. El espacio no era mucho y la dificultad no era tanta.

Su búsqueda dio fruto. Se topó con la perfección que buscaba. Se detuvo en ciertas topografías. Exploró fragancias que, por lo conocidas, se le revelaron propicias. Degustó purezas que no por anheladas fueron menos diáfanas. Rodeó el pabellón. Circundó. Rozó. Sopesó. Se maravilló. Oyó que le murmuraban palabras del caso. Escuchó ruegos de ternura porque era la primera vez y debía ser especial. Preguntó por la cifra de los años y la cuenta que recibió como respuesta era exigua. Ante la inquisitoria acerca de si a esa edad todavía mantenía la castidad, rio y, disfrutando el trueque del género, mintió: “¿Yo, casta? ¿A tu edad?”. Pronto las palabras comenzaron a sobrar. La salida de los vocablos se encontraba inutilizada. El lenguaje era otro. El nudo estaba consumado. La unión, inseparable. Recibía lo que deseaba. Se dejaba arrastrar. Las embestidas devenían en oleadas de divinidad. Estaba en la postura del primer estado de los propuestos por la Esfinge, pero sin nada de pueril. Pronto, el ritmo declinó bruscamente, en un estertor casi. Buscó más. Recorrió en la oscuridad el territorio del ejército invasor. Todo. Quiso conquistar plenamente lo que lo había conquistado. Husmeó hasta en los lugares más insólitos. La ausencia de toda prenda daba carta blanca a su morosa exploración. Lo que al principio se ve como una gran urbe termina por develarse como un pueblo chico. Lo vasto termina abarcándose y lo remoto termina introduciéndose en el propio individuo. Rozó algo de tela. Olió todo de nuevo, mudando éxtasis por inquietud. Era una tela elástica, apretada. Su utilidad se hacía horriblemente evidente. Lo enorme de la ciudad se reducía ahora a una leve hinchazón y lo vasto de la historia a una sola historia. Hay estirpes condenadas. Se iba a escapar fácilmente del lugar, para escurrirse por las avenidas y llegar a su casa, pero sabía que la pretensión punitiva de la memoria no caducaría. Su gobierno proseguiría entre sonrisas a las cámaras. Pero esa noche, Layo ingresaba para siempre al lado oscuro.